

# Don Alberto y don Federico



ESCRIBE

Jorge  
Edwards

Encuentro en el catálogo de la librería montevideana de mi amigo Adolfo Linardi un ejemplar original de *El Loco Estero*. Como en Chile, con el modelo neoliberal, con las modernizaciones, con tantas novedades, se perdió la noción más elemental de la literatura, un original de don Alberto Blest Gana sale casi al mismo precio que una edición moderna de Muñoz Molina, de Laura Esquivel, de Luis Sepúlveda. Encargo la obra por fax y la recibo al cabo de dos semanas, por correo aéreo, en impecables condiciones. La librería anticuaría de Linardi en Montevideo, me digo, es una de las pocas instituciones humanas que todavía funcionan.

*El Loco Estero* lleva un subtítulo, colocado entre paréntesis (Recuerdos de la niñez) y fue impreso en dos tomos, en París, por Garnier Hermanos, Libreros-Editores, que estaban instalados en el número 6 de la rue des Saints-Peres. A juzgar por el pie de imprenta, la novela salió a la luz en el mes de septiembre de 1909, cuando su autor, que había llegado a París en 1870 para hacerse cargo de la misión diplomática de Chile, estaba jubilado y muy cerca de cumplir los ochenta años. El texto relata un episodio de la década de 1830 y parte con el desfile por la Cañada de Santiago, que ya había recibido su nombre de *Alameda de las Delicias*, de las tropas del general Manuel Bulnes, que acababan de triunfar en Yungay en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Las observaciones de Blest Gana sobre la guerra son triviales, parecidas a las de los manuales escolares de historia, pero los diálogos, los personajes, los ambientes, son de una vivacidad extraordinaria. El casi octogenario Blest Gana, que enteraba 39 años de completa ausencia de Chile, replotaba las imágenes de su juventud con una mente creativa, fresca, de notable plasticidad. Del fondo de aquella memoria salían dichos, refranes, platos, chamantos, chupallas, rebozos. Unas "chinas", tratadas de "feas" por un muchacho, le gritaban "futre encolao, de a cuartillo el atao". No sabemos hasta dónde don Alberto reproducía y hasta dónde inventaba. A juzgar por una de sus cartas, él había sido en

su juventud un poeta romántico y la lectura de la *Comedia Humana* de Balzac lo había deslumbrado y lo había llevado a cambiar de rumbo. Había tirado al fuego de una chimenea sus "efusiones líricas" y había decidido convertirse en el Balzac chileno. Escribía en el París moderno de su tiempo, en los barrios de Haussmann, la *Comedia Humana* de un Chile en parte recuperado y en parte inventado, cosa, después de todo, aunque a veces nos cueste admitirlo, muy latinoamericana. Para suerte suya y de nosotros, en ese tiempo no existían los "booms", los congresos de escritores, los coloquios y las mesas redondas. La escritura de don Alberto tiene una especie de tranquilidad, una ironía, una sonrisa. Nosotros, claro está, como de costumbre, no hemos sabido valorizarla, o lo hemos hecho a medias, sin convicción, con un exceso de academismo. Nuestras avenidas, nuestras plazas, están llenas de personajes mediocres esculpidos en bronce, de monumentos que no nos dicen nada, mientras don Alberto Blest Gana, con su enorme fresco elaborado a lo largo de miles de páginas, parece haberse disuelto en la niebla de los inviernos parisinos. Hace dos o tres años conocimos y pusimos flores en su tumba del Père Lachaise. ¡Por lo menos! Lo curioso de visitar aquella tumba, para mí, consistió en comprobar que se encontraba en el centro de un sector chileno del camposanto, cerca de la infortunada Teresa Wilms, a pocos metros de la familia Ross Santa María, de quizás cuántos otros de nuestros "trasplantados", esa especie humana que Blest Gana, desde su retiro, describió con lucidez, con su ironía habitual, con algo de crueldad, y también, aunque parezca contradictorio, con afecto.

Reviso la edición de Garnier Hermanos de *El Loco Estero* y encuentro una dedicatoria, no siempre conservada en ediciones más modernas, a don Federico Santa María. Es curioso el encuentro del diplomático y novelista con el gran especulador bursátil, uno de los personajes interesantes de aquella época. En mi infancia escuchaba el relato de un paseo en automóvil por los alrededores de París en

compañía de don Federico. Cada vez que el grupo pasaba frente a un campo sembrado de betarraga, don Federico hacía parar, entraba al sembrado, sacaba algunos tubérculos y los mordía con aplicación, con actitudes de conocedor. Lo que sucedía era que don Federico había hecho su enorme fortuna en acciones azucareras. El sabor de las betarragas nuevas le permitía saber si la cosecha de azúcar venía pobre o abundante. Así se preparaba para jugar al alza o a la baja de los precios.

Santa María, que al llegar a París desde el remoto Chile de la segunda mitad del siglo pasado se instaló en un cuchitril cerca de la Opera, que nunca en su vida se cambió de casa, que murió solterón, en una habitación que había sido invadida por los archivos, por los títulos de acciones, por los papeles comerciales, dedicó todo su dinero a la creación de una universidad que permitiera elevar el nivel de educación de "los hijos de los obreros". De ahí surgieron los edificios universitarios de aire victoriano que dominan hasta hoy la bahía de Valparaíso. Don Federico, que había sido empleado de la Bolsa de Comercio de Santiago, había desembarcado en París muy joven, como personaje de *Las ilusiones perdidas* de Balzac, con unas cuantas libras esterlinas en los bolsillos. Consiguió inspirar confianza, quizás cómo, a una firma de corredores franceses, y se puso a especular de inmediato, con éxito, en cantidades astronómicas. Durante la guerra del 14, después de hacerse sospechoso en su calidad de gran especulador bursátil extranjero, le prestó dinero al gobierno de Francia para contribuir al esfuerzo bélico. Todo esto sucedía un poco después de la publicación de *Los trasplantados* y de *El Loco Estero*. Don Alberto, me digo, tuvo a un verdadero personaje de Balzac debajo de sus narices, un Rastignac triunfante, un Rubenpré que no necesitó recurrir al suicidio, y no se dio cuenta. O no quiso, quizás, darse cuenta. A don Federico lo tenía demasiado cerca. Y la pluma suya, en cambio, funcionaba a la distancia: la del espacio, la geografía, y la del tiempo y los recuerdos.

Le legendado

14-VII-1995 P. 6.